

Francisco Hernández de Córdoba, fundador de Nicaragua

Publicamos dos artículos sobre este insigne cordobés, visto el uno desde el lado americano, escrito por la ilustrada literata Margarita Gómez Espinosa, actual Agregado Cultural de la Embajada de Nicaragua en Madrid; y escrito el otro por el erudito investigador y Cronista Oficial de la Ciudad de Córdoba, Don José Valverde Madrid, precisando los datos biográficos del héroe.

Muy poco se sabe de la vida de Francisco Hernández de Córdoba, Conquistador de Nicaragua mientras vivió en su patria, pero según opinión de algunos historiadores nació en Córdoba, la bella ciudad andaluza a cuya Mezquita llamó Rubén Darío, «Bosque de Columnas» y a quien cuida enamorado celoso, el Guadalquivir.

Donde convergen culturas varias y el azahar la envuelve en su aroma y se convierte en doradas naranjas que envidiaría el Jardín de Héspero.

Unos le dan por ascendiente a don Gonzalo Fernández de Córdoba, pero los especialistas en el campo de la nobleza, le atribuyen un origen social menos elevado; otros dicen era oriundo de Cabra, e hijo de Alonso Hernández y Elvira Díaz.

Cuando la fiebre migratoria hacia tierras americanas, él partió como otros tantos, pero parece que hubiera algún motivo para querer opacar su nombre, ya que en el documento de repartición de Indios en Panamá, se citan los lugares de nacimiento de los peninsulares y se omite el suyo, que en el año 1519 aparece con el cargo de Alcalde Ordinario de la ciudad, a más de Capitán de la Guardia del Teniente General Pedrarias Dávila.

En tres Cédulas Reales, una fechada el 20 de junio, otra el 31 de Agosto y la tercera el 17 de noviembre de 1526, se le menciona. La Corona estimulaba con el ennoblecimiento a quienes marchaban a la recién

descubiertas tierras y los convertían en señores, pues no ignoraban que esos hombres tenían como alternativa la muerte o la gloria.

Esto debió sucederle a Hernández de Córdoba, quien fue luego por sus méritos y estar amparado por un protector poderoso aunque muy peligroso, ascendido rápidamente en rango y opulencia, pero a partir de ese instante quedó uncido a una voluntad cruel, despótica y feroz.

Gil González había penetrado por el Pacífico a Nicaragua, descubierta por Cristóbal Colón el 12 de septiembre de 1502 por el Atlántico, al dar la vuelta al Cabo Gracias a Dios, y solicitó el Gobierno de aquellas paradisíacas tierras, lo que rechazó Pedrarias, quien poseído de la ambición, quiso apoderarse de ellas y a dujo a sus fines y negativa, que carecía de autorización Real para tomar el territorio donde antes había penetrado Ponce de León y Hurtado.

Esto irritó a Gil González, quien fue a Santo Domingo donde en 1504 se había establecido una Audiencia Real y dió informe detallado de los sucesos; fue muy bien recibido por los integrantes y le otorgaron lo que solicitaba.

González enfermó, pero su férrea voluntad no le permitía arredrarse y por vía terrestre, con 100 hombres y cuatro caballos, emprendió la ruta a Nicaragua. Allí tuvo su famoso encuentro con el Cacique Nicaragua, hombre inteligente, ágil en el pensar, filósofo, sin más Universidad que la Naturaleza, quien lo dejó asombrado con sus preguntas y su conversación.

Se cambiaron recíprocamente regalos y se bautizaron casi diez mil naturales; en ese sitio histórico se colocó una cruz que soportó los embates del tiempo y hace poco fue restaurada; se le llama La Cruz de España; allí fue la fusión de dos razas.

De todas esas bellísimas tierras, lagos y volcanes, tomó posesión en nombre de la Corona. Pero necesitaba un hombre valiente para conquistar, con talento para colonizar y organizar, le prestara obediencia y no tratara de independizarse.

Recordó que en Panamá estaba el soldado Andaluz, quien el año 1517 había explorado Yucatán; era Francisco Hernández de Córdoba, llamado a sembrar la simiente hispanica en Nicaragua.

En el Golfo de Nicoya fundó la Villa de Bruselas como enlace con Castilla de Oro, cuyo porvenir parecía al principio muy brillante, pero que al fin se esfumó; iban tras El Estrecho Dudoso que se les escapaba como un fuego fatuo.

La indiscutible gloria de Francisco Hernández de Córdoba la expone el mismo Pedrarias al referirse a él, cuando con su espada trazó los límites de la ciudad de Granada a la orilla del inmenso Mar Dulce como le llamó Gil González al lago Cocibolca, cuyo fondo es el Mombacho, de boca desdentada; en sus inmediaciones estaba el poblado de Jalteva; su fundación fue el 8 de diciembre del 1524; la recién fundada ciudad tuvo el nombre andaluz de la reina del Generalife y dueña de la Alhambra morisca.

León con trazo andaluz, en Imabita tiene como su tesoro, el Momotombo cantado por Darío y del cual hace referencia Víctor Hugo en La Leyenda de los Siglos; allí están aún los balcones a la calle, las iglesias barrocas y su imponente Catedral donde duermen su sueño de siglos y de gloria Rubén Darío, Salamón de La Selva y Alfonso Cortés. Hace pocos años se encontraron las ruinas de la ciudad que él fundó y se le llama León Viejo; es muy posible que allí estén sus restos.

Era muy grande la obra del hombre a quien la envidia tenía que corroer como el orín al metal y comenzó la intriga a perseguirle y a malquistarle con Pedrarias; él sabedor de la suerte corrida por Vasco Nuñez de Balboa a quien éste mandó matar, debió haber abandonado su puesto, pero al sentirse limpio de culpa, se quedó en la realización de sus actividades.

Pedrarias lo hizo prisionero en Granada, le envió aherrojado a León donde permaneció sumido en su solitaria grandeza, en su inmensa soledad, mientras montaban el proceso que culminó en su sentencia; sin haber mucha seguridad, los historiadores dicen que fué degollado el mes de junio de 1526.

Las reivindicaciones llegan tarde, cuando la injusticia consiguió su triunfo; años más tarde Fray Antonio de Ramesal dijo de él:

«Francisco Hernández de Córdoba, valerosísimo Capitán, fundador de Granada en la Provincia de Nicaragua, y el que descubrió la mayor parte della y la pacificó; el año de mil quinientos y veintiséis, murió degollado por Pedrarias Dávila, con achaques de haberse revelado, lo cual pareció incierto, así por testimonio y provanza, como por la de la gente que traía consigo, que sintió su muerte con mucho extremo».

A siglos después de su gloriosa obra, Granada ha rendido tributo de reconocimiento a su labor. Con vista al Cocibolca o Mar Dulce que amara tanto, está su estatua inaugurada el 8 de diciembre de 1974, a los 450 años de su fundación.

Por carecer de iconográfías suyas, se erigió la efigie de un fornido caballero con barbas y el plano de la ciudad en una mano; sin la típica gorguera, sin botas altas ni armadura, sino con la cotona indígena, la espada en ristre y sus ojos en bronce, abiertos hacia el infinito; su postura arrogante y erguida cual un perpetuo vigilante de la tierra que conquistara.

La plaza donde se colocó, fue remodelada, por ingenieros españoles que envió el Instituto de Cultura Hispánica: Moreno, Ibáñez Montoya y Aguilera; estudiaron el emplazamiento del monumento colocado en la que hoy se llama Plaza de España.

El artista que realizó la estatua, fue don Fausto Blásquez, Profesor de la Escuela de Bellas Artes y antiguo Becario de la Dirección General de Relaciones Culturales en Roma; se fundió en los talleres de Eduardo Capa, Profesor de la Escuela de Bellas Artes de San Fernando. Su valor fue de 870.000 pesetas.

Este gran hombre llenó muchas páginas en la historia de dos Patrias.

Margarita Gómez Espinosa
Agregado Cultural a la Embajada de Nicaragua

